

PALMO A PALMO

La vieja casa popular de La Unión



ASENSIO SÁEZ
Cronista oficial
de La Unión

A la sombra del edificio de rumbo, la vieja casa popular. Al fondo, como familiar escenografía, la silueta de la mina estampada en el azul rabioso de un cielo que, en tiempos pasados, a lo largo del año llegaba a coleccionar trescientos sesenta y tantos días de sol áureo, del todo esplendoroso, así como de custodia de Corpus. Dones no repetidos del

todo hoy.

Gente hay todavía, no mucha, ciertamente, que aún apoya su vejez haciendo sentimental memoria de La Unión de ayer, cordial suma de sus dos mitades: El Garbanzal y las Herrerías. Edificios modernos aparte, he aquí grabada en la memoria, las primitivas fachadas modestas de los primeros tiempos, pintadas en encendidos ocre, azulones, almagres... La sala-comedor, lugar preferente para el llamado 'chinero', ofreciendo los típicos ejemplares de loza y cristal cartageneros, pertenecientes a las fábricas La Amistad, La Cartagenera, Valarino y Cía... En

la cocina, comunicada con el patio, el 'margual', abanico de pleita para avivar el fuego. Dormitorio, excusado o retrete, pila, aljibe y cocio. De la calle el eco de una copla, siempre:

No se asuste usted, madama,
que el que canta es un minero
que tiene la voz tomada
del humo de los barrenos.

Fuera, la geografía familiar: idas y venidas de los mineros, 'carburo' o lámpara de mano, calle arriba, o calle abajo, según se terciara. De memoria, el viejo callejero familiar: Bulería, Beatas, Real, Le-

vantica, Clavel... Precisamente al pasar un día por ésta, a la flor más española dedicada, vino uno a cazar la letra que sigue, en boca de una 'cantaora':

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fue clavel, que fue clavo
que me clavó el corazón.

Más calles familiares, de andar por casa se diría: Porras, Huerta de la Maruja, Santa María... y hasta una ciertamente extraña denominación: 'calle del olvido', así dando a entender la extinción o muerte de aquellas cosas que vi-

ven en el corazón.

Con el tiempo, la ascensión de la burguesía unionense llegó, como bien se sabe, a justificar la total posibilidad de una ciudad acogida a los módulos del modernismo hasta el extremo de que, pasados los años, en su libro dedicado al pintor cartagenero Enrique Gabriel Navarro, Carlos Areán, un día director del Museo Español de Arte Contemporáneo, pudo hablar de la época gloriosa de La Unión, cuando ésta comenzó a "convertirse por arte de birlbirloque en una de las grandes ciudades del modernismo español". Ahí queda eso. ¡Soñar cuesta tan poco...!